

EL GUERRERO DE LA ASCENSIÓN

La guerra del Horizonte - Libro 2

Por el autor de los acontecimientos de la Guerra Roja

Robert Weinberg

MAGO

La Guerra del Horizonte lleva cientos de años enfrentando a los magos de las Nueve Tradiciones y a los Técnicos de la Tecnocracia. Pese a todas las sangrientas batallas que se han ganado y perdido, la victoria elude a ambos bandos. Ahora, no obstante, ha surgido una misteriosa figura dotada de un poder inhumano e increíble: el Guerrero de la Ascensión. Este personaje afirma ser Heylel Teomim regresado, Abominación y barabbi, venido para traer la paz y la unidad a los magos en lid. ¿Supondrán sus planes la solución al conflicto, o no traerán más que el silencio de la tumba?

A A.E. van Vogt y a Jack Williamson,
dos grandes maestros de la ciencia-ficción, escritores
favoritos de mi juventud, cuyas voces levantan
ecos entre estos libros.

«Cuando se acalla el tumulto
Cuando se ha perdido o ganado la batalla».

—*Macbeth*,
Acto I, escena I

NOTA DEL AUTOR

Si bien los escenarios y la historia de este mundo pudieran resultar familiares, no se trata de nuestra realidad. *La Guerra del Horizonte* transcurre en una versión más descarnada y cruel de nuestro universo, en un paraje árido y desolado donde nada es lo que parecen indicar las apariencias. Se trata de un verdadero Mundo de Tinieblas.

Determinados conceptos y personajes se han inspirado en las creaciones de Bill Bridges, Steven C. Brown, Phil Brucato, Elizabeth Fischl, Chris Hind, James E. Moore, Micky Rea y Stewart Wieck.

PRÓLOGO

—¡Despierta, despierta! —gritaba su madre, con voz estridente. Parecía que su voz sonase a millones de kilómetros de distancia—. ¡En marcha!

Con un gruñido, Ernest apretó los párpados cerrados aún con más fuerza. No era posible que ya fuese de día. Se sentía molido, maltrecho, magullado, sin fuerzas para moverse. El dolor chillaba igual que una arpía enfurecida por todos sus músculos y articulaciones. Como siempre. No habría manera de que pudiera levantarse de la cama e ir al colegio. Hoy no. Ni nunca. Lo único que quería era dormir.

La medicación y el ejercicio apenas conseguían paliar el dolor físico. Era intenso, inagotable. Llevaba padeciéndolo toda la vida y, a menos que descubrieran alguna cura milagrosa, moriría con él. La agonía diaria lo dejaba sin fuerzas, sin energía, sin voluntad. Pero no era nada comparado con el dolor mental que sufría en el aula.

Los demás niños de la clase convertían su vida en un infierno, burlándose de él, mofándose de sus huesos deformes y del cuerpo maltrecho. Le llamaban monstruo, tullido y cosas peores. Ernest los odiaba, a todos y cada uno de ellos. Ya no podía soportar su odio por más tiempo. Daba igual lo mucho que gritase su madre, se negaría a moverse. Antes muerto que soportar otro día de tormento. Los palos y las piedras le habían roto los huesos, y las cosas que le llamaban siempre conseguían hacerle daño.

—¡Sal de ahí, puto cabeza de lata! —gritó la voz. De repente comprendió que no era la de su madre. Aturdido, con la cabeza inundada de una niebla espesa, se devanó los sesos en busca de un nombre. Reed, *Sharon Reed*. Al instante recordó a una mujer alta y esbelta de pelo corto y rasgos adustos y sombríos. La odiaba con una furia implacable. Ernest se concentró en la imagen, aferrándose a ella igual que a un salvavidas en medio de aquel mar de negrura. Debatándose entre oleadas de lacerante agonía escarlata, comenzó el ascenso que habría de sacarlo de las tinieblas y devolverle la consciencia.

—¡Despierta, despierta, estúpido hijo de puta!

Algo cálido, duro y afilado le golpeó la cabeza. Otra vez. Y otra. Los relés insertos en su carne se pusieron en funcionamiento. Los microcircuitos zumbaron al comenzar a transmitir información. La mano de una mujer, informaron los circuitos sensores. La atacante golpeaba con una fuerza inhumana. Su carne mejorada y los huesos reforzados indicaban una ingeniería biológica extremadamente sofisticada. Los circuitos de memoria confirmaron la identidad. *Sharon Reed, Progenitora Directora de Investigaciones del Colectivo Gris*.

Una llamarada explotó dentro de su cabeza. Ernest lo recordó todo. Sólo que él no era Ernest. Esa identidad había desaparecido hacía tiempo. Formaba parte del pasado. Esto era el presente. Él era X344.

Los bloqueadores de dolor, al sentir heridas de gravedad, entraron en acción y aislaron la sensibilidad de las zonas más castigadas de su cuerpo. Tenía la nariz rota. Su columna había sufrido graves lesiones. Permanecer erguido iba a resultarle difícil. Como mucho, funcionaba al cuarenta por ciento de su capacidad. Los procesadores de apoyo enviaban urgentemente sustancias químicas a las áreas críticas de sus brazos y piernas. La energía, extraída de una docena de funciones menos importantes, fluía hacia sus controles motores principales. No podía subsistir durante

mucho tiempo utilizando ese sistema de emergencia pero, sin él, X344 sabía que estaba muerto. Ambas opciones presentaban inconvenientes.

X344 abrió los ojos de golpe y se descubrió mirando directamente al rostro de Sharon Reed. La mujer profirió una exclamación mezcla de alivio y sorpresa. Asombroso, teniendo en cuenta que le odiaba casi tanto como él a ella.

—Estás muerta —articuló X344, con un hilo de voz. Su nariz magullada le confería un acento rasposo—. Vi cómo tu amiguita, *tu maldita asistente*, Velma, te apuñalaba por la espalda. Te asesinó.

Reed sacudió la cabeza.

—Herida, no muerta. A lo largo de estos años, he practicado ciertas modificaciones sobre mi cuerpo. Velma pensaba que conocía todos mis secretos, pero me guardaba algunos para mí sola. Me clavó el puñal en el corazón que no era. —La directora se dio media vuelta. Seguía teniendo un cuchillo con empuñadura de plata enterrado en la espalda—. Está encajado contra un hueso. Doloroso, pero no letal. Mi segundo corazón entró en funcionamiento al instante, sólo que necesité algún tiempo para recuperarme.

X344 giró la cabeza y paseó la mirada por el laboratorio destrozado. La enorme cámara era todo escombros. Los cuerpos de sus compañeros, Tecnomantes dedicados al proyecto GA, sembraban el suelo. En la esquina más lejana del cuarto, una enorme masa de carne se agitaba a rachas. Un tentáculo gigantesco aporreaba el suelo del laboratorio por intervalos, enviando ondas de choque que sacudían todo el edificio.

El ciborg estudió el semblante de Reed con ojos fijos, intentando encontrar las respuestas en su rostro. Aquella mujer era su peor enemiga. Ambos pertenecían a Convenciones rivales dentro de la Tecocracia y, antes del desastre, habían intentado matarse entre sí.

—Este lugar está acabado —dijo X344—. ¿Por qué no me abandonaste? En cuestión de horas, me habría queda-

do sin energía y habría muerto. Fin de la historia.

—No es tan sencillo. —Reed señaló a un lugar situado a unos ocho metros de ellos—. ¿Te acuerdas del portal al Universo Profundo que abriste? Aún funciona. Algo al otro lado quiere examinar los contenidos del Colectivo Gris. No sé muy bien cómo, pero está extrayendo poder de la estación. Lenta pero inexorablemente, todo el Reino se está viendo atraído a las profundidades.

—Demonios.

Siguiendo las instrucciones de su líder, el Interventor Klair, X344 había retorcido el tubo del Universo Profundo. Astuto, había arrojado el instrumento al otro lado de la estancia en el momento de su activación, lo que le había salvado la vida. Klair no había tenido tanta suerte. La baliza abrió una senda entre ese Reino del Horizonte y algún otro lugar. El portal, un trémulo rectángulo de tres por cuatro, de oscuridad absoluta, se había tragado al Interventor. Lo último que podía recordar X344 era la aparición de unos extraños robots de otro mundo a través del portal, con cara de pocos amigos.

—Puede que la baliza conduzca al inframundo —aventuró Sharon Reed, planteando una pregunta más que afirmando nada—. No estoy segura de adónde lleva. Ni tengo ganas de averiguarlo. La atracción no es muy fuerte, pero lleva una hora aumentando de forma constante. Si nos quedamos mucho más, ambos terminaremos al otro lado.

—¿Qué ocurrió con los robots? —quiso saber el ciborg. Le temblaba la voz.

—Me perdí casi toda la acción. Estuve medio inconsciente la mayor parte del tiempo. Conservo impresiones, nada más. Al parecer, un grupo de artesanos de la voluntad de las Tradiciones, con el Prisionero 17 a la cabeza, irrumpió en el Colectivo. De algún modo, derrotaron a los robots y rescataron a sus colegas brujos de nuestro bloque de celdas. Para cuando estuve de nuevo operativa, se habían marchado.

El ciborg apretó los puños. Sus reservas de energía se acercaban peligrosamente a su fin.

—Siempre supe que ese mago fugado nos traería problemas.

—Olvídate de él —espetó Sharon Reed. Su voz destilaba veneno—. No es lo que más debe preocuparnos. Preocúpate mejor de la Construcción GA. *Se ha ido*.

—Imposible. —En el fondo, X344 sabía que la mujer no mentía—. El clon no tenía mente. No era más que un cuerpo sobrehumano, creado sin inteligencia.

—¡Ya sé lo que se supone que tenía que ser! ¡Yo ayudé a diseñar ese puto engendro, te acuerdas! Sólo que no es lo que queríamos construir. La maldita cosa tenía consciencia de sí. Era *alguien*. Alguien que sabía exactamente lo que se hacía. Por eso me apuñaló Velma. ¡Obedecía sus órdenes!

Durante más de un año, cerca de cincuenta técnicos expertos de la Tecnochocracia habían trabajado en el proyecto GA. El estudio pretendía producir el arma definitiva para la guerra en curso contra el enojoso grupo de obradores de la voluntad pertenecientes a las Nueve Tradiciones. Al mezclar la tecnología informática de Iteración X con la ingeniería biológica de los Progenitores, los Tecnócratas habían desarrollado un modelo prototipo para el clon más avanzado jamás construido. El ser era físicamente perfecto: más fuerte, rápido y listo que cualquier humano del mundo. Con un esqueleto reforzado, órganos internos diseñados genéticamente y sangre nanobit, el clon GA era prácticamente indestructible. Las heridas cicatrizaban en un instante y resultaba inmune a cualquier enfermedad. Tampoco envejecía.

Su cerebro era mayor y más poderoso que el de cualquier humano. Poseía un control total sobre todas sus funciones corporales. Las aplicaciones electrónicas repartidas por su sistema nervioso dotaban al clon de un increíble poder sobre las máquinas y los ordenadores. Un toque era to-

do lo que necesitaba para hacerse con el control de cualquier sistema operativo.

El clon era el ser más peligroso que hubiese creado jamás la Tecnocracia. Un ejército de estos seres habría destruido fácilmente a las Nueve Tradiciones. Había sido diseñado para poner fin a la Guerra de la Ascensión. De ahí el nombre del proyecto y del propio ser. *GA... el Guerrero de la Ascensión*. Ahora el clon era plenamente operativo, consciente de sí, y estaba en paradero desconocido.

—¿De quién es la mente que controla a la unidad GA? —preguntó X344, al tiempo que comprobaba sus brazos y orugas de tanque. Parecían operativas, aunque sabía que carecía de la energía para mantenerse así durante mucho tiempo—. ¿De alguno de los idiotas de las Tradiciones que irrumpieron aquí?

—No —repuso Sharon Reed. Su semblante se compuso en una máscara de confusión—. Por lo poco que pude ver y oír, deduje sin lugar a dudas que los artesanos de la voluntad de las Tradiciones habían venido para destruir al clon. Tenían miedo de él o, al menos, del ser en el que se había convertido.

—Genial —dijo X344, al tiempo que se incorporaba. Podía sentir la atracción del portal al Universo Profundo, un tirón constante e insistente. A su alrededor, la atmósfera del Colectivo silbaba al desaparecer dentro del enorme vacío oscuro. El viento comenzaba a arreciar. Hora de irse—. El puñetero clon lleva vivo quince minutos y medio universo quiere destruirlo. No sé por qué, tengo la terrible sospecha de que llevamos un año haciendo el mamón.

—Es lo mismo que creo yo —convino Reed, con ojos ardientes de ira. Hablaba en voz baja, mascando las palabras—. No soy el títere de nadie. Los idiotas que me manipularon lo pagarán con creces. Se ahogarán en su propia sangre.

—Sí, hombre. Muy dramático. Las palabras no cuestan dinero. Lo primero es lo primero, guarda esa mierda de la

venganza para después. Me despertaste por una razón, Reed. No es que los dos seamos coleguitas, precisamente. Me cuesta imaginarte llorando en mi funeral. ¿Por qué habrías de tomarte la molestia? ¿Dónde está el truco?

La Directora de Investigaciones sonrió.

—El truco, querido engendro cabeza metálica, es que cuando los intrusos de las Tradiciones invadieron nuestro reino, se trajeron un molesto visitante con ellos, uno que dejaron atrás al marcharse. La bestia, aunque muy malherida, guarda la única salida que da a la Tierra. Conozco mis limitaciones. Soy una pensadora, no una luchadora. Además, se acaba el tiempo. A mí me sería imposible derrotar al monstruo. Sólo con tu ayuda tendré una oportunidad de escapar antes de que la estación al completo desaparezca dentro del Vacío Exterior. Por eso te he despertado.

—Por lo menos eres sincera. Mi jefe, el Interventor Klair, no se dignó mencionar el hecho de que la baliza del Universo Profundo pudiera entrañar peligro. Después de tantos años de lealtad y servicio. —X344 se encogió de hombros, pensando en lo rápido que se habían acallado los gritos de Klair cuando lo alcanzó el velo negro—. Pagó el precio por guardar secretos.

—No nos queda tiempo más que para verdades —intervino Reed. Miró a X344 con ojo crítico—. La bestia frente al muelle de carga es un tigre de dientes de sable. Mi mascota, Aosmo —señaló con una mano a la agónica masa octópoda—, le infligió graves heridas, pero el monstruo no está acabado, ni mucho menos. No será fácil matarlo.

—¿Tenemos alguna elección?

—La bestia o el portal al Universo Profundo. Prefiero la bestia.

—Tampoco es que a mí me vayan los viajes a lo desconocido. Juguemos con el gato gigante.

Sus cadenas chirriaron con estruendo al ponerse en movimiento. Mala señal. La batería de emergencia comenzaba a flaquear. Con tantos de sus componentes internos fuera

de servicio, X344 no podía estimar la reserva de energía que le quedaba, pero sospechaba que no iba a bastar para acabar con una bestia salida de los albores de la humanidad.

—Esta criatura, ¿es una de las tuyas? —le preguntó a Reed mientras se acercaban al túnel del muelle de carga—. No sabía que los Progenitores estuviérais jugando con la prehistoria.

—Nunca antes había visto algo parecido. Mis sentidos me dicen que no se trata de un producto de ingeniería genética. Ese monstruo no ha salido de un laboratorio, ni es obra de ningún artesano de la voluntad de las Nueve Tradiciones. El Efecto de la Paradoja no permitiría que tal bestia existiese en el Colectivo Gris. Me veo obligada a concluir que, en algún lugar de la Realidad Estática, aún resulta posible encontrar tigres gigantes.

—¿Tienes un plan? —quiso saber X344, que no podía estar menos interesado en los orígenes del dientes de sable—. ¿O se supone que tengo que aporrear al gato en la cabeza hasta que se tumbe?

—Haz lo que quieras.

La fuerza del viento arreciaba. Sus aullidos ahogaban las palabras. Alejarse del portal comenzaba a volverse algo extremadamente difícil.

—Llevo un anillo con veneno —declaró Sharon Reed, al tiempo que agitaba su mano derecha. Una banda dorada decoraba su dedo índice—. Contiene toxina suficiente para matar a un adulto en quince segundos. El efecto que pueda tener sobre un tigre dientes de sable, lo desconozco.

—Me quitaron todo mi arsenal cuando comencé a trabajar en el proyecto GA. El Especialista en Misiones Shade insistió. No quería accidentes, decía. —El ciborg hizo una pausa—. ¿Qué ha sido de Shade? No he visto su cuerpo por ningún lado. Ya había desaparecido cuando comenzó la cuenta atrás.

Reed sacudió la cabeza. Ya habían llegado al túnel que conducía al muelle de carga. El aire silbaba a su lado con la fuerza de una galerna, multiplicado su poder por la estrechez del pasillo. Era como caminar contra el viento en medio de una tormenta. Cada paso hacia delante suponía un esfuerzo.

—Se ha ido. Desaparecido. Otro misterio.

Un rugido de furia animal acalló cualquier posible respuesta. X344 había combatido contra un buen número de enemigos de la Tecnocracia. No se asustaba con facilidad. No obstante, los gruñidos del tigre consiguieron que un escalofrío recorriera todo su cuerpo.

—Memoria racial —dijo Sharon Reed, pálido el semblante, trémula la voz—. Ecos de nuestro pasado lejano. El hombre primitivo combatía y mataba a estas bestias mucho antes del comienzo de la historia escrita.

—Viva el progreso.

Se encontraban al final del pasillo. Cautos, X344 echó un vistazo a la dársena de carga. La plataforma era un dedo de cemento de unos doce metros de ancho por cuatro y medio de largo. Había espacio para tres camiones. Dos de los huecos se encontraban vacíos. El tercero lo ocupaba un camión de unas diez toneladas que parecía en buenas condiciones.

Un estrecho túnel, lo suficientemente ancho para un vehículo, se estiraba a unos treinta metros más allá del muelle y terminaba en una pared lisa. La puerta a la Realidad Estática... la Tierra. El código correcto, tecleado en un transmisor acoplado al tablero de mandos del camión, abría el portal. Parecía fácil. Lo único que tenían que hacer era subir al medio de transporte y salir a la luz del día.

La plataforma se veía vacía. Los ojos de X344 escrutaron la zona. Por lo general, se fiaba de un sistema de detección del calor altamente sensible pero, por desgracia, al igual que muchos de sus implantes, en aquellos momentos se

encontraba fuera de servicio. Dada igual. Tardó pocos segundos en descubrir al gran felino.

—Nuestro bebé se encuentra al final del túnel —informó, con calma—. Si corremos, podríamos subirnos al camión sin necesidad de luchar. ¡Vamos!

Tras propinarle un empujón a Reed para que avanzara en la dirección adecuada, X344 bajó rodando la plataforma. Hizo una mueca cuando sus ruedas de oruga patinaron sobre el cemento. Por primera vez en décadas, deseó seguir teniendo pies en lugar de aquellas cadenas. Su compañera, al no tener que vérselas con tales problemas, hacía gala de una rapidez de velocista. Ya había recorrido la mitad del camino que los separaba del camión.

Un colérico alarido animal que helaba la sangre estremeció las paredes de cemento. Moviéndose con la velocidad de un tren exprés, el tigre de dientes de sable cruzaba el túnel a toda prisa. O bien los había visto, o los había oído. X344 parpadeó al darse cuenta del tamaño del gigantesco felino. Medía al menos cuatro metros de largo y era casi tan alto como un hombre. La bestia debía de pesar más de quinientos kilos, todo músculo. Dos colmillos como cuchillas, de casi treinta centímetros de longitud, sobresalían de su mandíbula superior. El monstruo volvió a rugir mientras se acercaba. Corría como un rayo. No había manera de que X344 o Reed llegasen a tiempo al camión.

El ciborg hizo lo que tenía que hacer. Uno de ellos debía sobrevivir y alertar a la Tecocracia acerca de lo acontecido. El clon base suponía una amenaza para el futuro de toda la humanidad. Con toda su ira y su odio, el ciborg X344, otrora el hombre Ernest Nelson, creía en la Ascensión final de la humanidad y estaba dispuesto a sacrificarse por sus ideales.

Profiriendo su propio alarido de rabia, dirigió la energía que le quedaba a sus brazos y ruedas. Los demás sistemas de soporte vital se apagaron. Lo único que importaba era la fuerza de sus garras y cadenas. Chirriando sobre el cemen-